C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 1-2 Noviembre-diciembre 1956

COLABORAN.—Manuel Alcántara, Carlos Bousoño, Eladio Cabañero, Maurice Carême, Gabriel Celaya, Carlos Clarimón, Gerardo Diego, Joaquín Fernández, José García Nieto, Marcelino García Velasco, José Luis Hidalgo, José Hierro, Julio Maruri, Pilar Paz Pasamar, Theodore Roethke, Carlos Sahagún, José Ángel Valente.

Notas críticas de Leopoldo de Luis y José Gerardo Manrique de Lara.

SUMARIO

Páginas

LOKANG, *Gerardo Diego* 4
SONETO, *José García Nieto* 6
INSTANCIA, *Gabriel Celaya*..... 7
[LEJOS], *José Luis Hidalgo* 8
INTRODUCCIÓN A LA NOCHE, *Carlos Bousoño*.. 10
INTERIOR, *José Hierro* 12
LA PUERTA, *Julio Maruri* 14
HOMBRE TENDIDO, *Manuel Alcántara*..... 15
...Pasan a nuestra lengua la extranjera (Lope de Vega):
MARÍA, *Maurice Carême*..... 16
EL REGRESO, *Theodore Roethke* 17
LAS FLORES, *Pilar Paz Pasamar* 18
MIGUEL DE UNAMUNO:
Facsímil 20
Fotografía 21
LA ÚLTIMA PALABRA, *José Ángel Valente*..... 22
HORA DE AMOR, *Marcelino García Velasco* 24
ROSA DE MADERA, *Eladio Cabañero* 28
FÁBULA, *Carlos Sahagún* 26
AL MUERTO DESCONOCIDO, *Joaquín Fernández.* 29
Y escucho con mis ojos a los muertos (Quevedo):
HABLANDO EL AUTOR CON SUS ESCRITOS, *Gabriel Bocángel* 30
[FELICIDAD], *Rosalía de Castro* 31
ARTE POÉTICA, *Juan Ramón Jiménez* 32
Dibujo, *Rafael Álvarez Ortega* 34
EL CURSO DE LAS COSAS, *Carlos Clarimón* 35
CRÍTICA 37

Toda la correspondencia a
CONCHA LAGOS
José Antonio, 31 - Madrid
Teléfs. 470683 y 228970

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 1-2 Noviembre-diciembre 1956

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO

CONSEJO DE REDACCIÓN

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JORGE CAMPOS
JOSÉ HIERRO

ÁGORA

AL INICIAR SUS PÁGINAS

"ARTE POÉTICA",

ELIGIÓ LOS AFORISMOS DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

QUE FIGURAN EN EL PRESENTE NÚMERO

COMO EJEMPLO Y LECCIÓN

DE UNA VIDA CONSAGRADA A LA LÍRICA.

YA EN PRENSA ESTOS CUADERNOS,

LLEGA LA NOTICIA DE HABERLE SIDO OTORGADO EL

PREMIO NOBEL.

SIRVAN ESTAS PÁGINAS DE

SINCERA ADMIRACIÓN AL MAESTRO.

LOKANG

(BOCETO PARA UN POEMA DE BALI)

LA memoria, Lokang, la memoria.
¿Dónde fueron las nubes
robadas de Java?
¿Dónde está el relámpago
y el trueno y el agua?
La memoria, ¿se ahoga o se quema?,
¿se pierde o se salva?

La memoria de mango y de aceite,
la memoria de sangre y sampaga
la ahuyenta la lluvia,
la crea la llama,
la llama que ondula,
liberta, agiganta.
La memoria, Lokang, la memoria
de algo que me arrasa,
algo que me ciega,
algo que me llaga.
¿Dónde están mis ojos?
¿Convertidos en lotos de charca?
¿Eran de topacio,
carbunclo, esmeralda,
de fosfóricas luces marinas,
de centellas de tigre encelada?

¿Dónde están mis brazos,
mis manos de gasa,
mis dedos de incienso,
mis uñas de garza?
¿Dónde está mi cintura de siglos,
mi serpiente irisada de escamas,
y mis piernas tan de hojas sumisas
y mis pies tan de plumas prensadas?
¿Dónde están mis mejillas, mis pechos?
¿Dónde está mi tiara?

¿Dónde está mi memoria perdida,
mi volcánica, céntrica lava?
—¿Dónde fué mi gambang de bambúes
que sonaba en la noche sagrada,
y mis trances de niña rituales
en el légong sin tiempo olvidada?
¿Mis insectos de clámides de oro
y mi grito arpegiando las cañas?

Mi memoria, Lokang, mi memoria,
mi memoria en la danza, en la nada.
¿Dónde están mis trenzas
—prometidas a Brahma?—
deshaciendo sus nudos, sus lazos,
deshilando sus cintas tan largas
—¿dónde están mis nupcias,
mis helechos de sierra dentada?—.
¿Dónde caen esas gotas de oro,
gamelanes de noche estrellada?

(Del libro PAISAJE CON FIGURAS.)

GERARDO DIEGO

SONETO

TODO lo que rozaste de hermosura
vuelve ya su mitad a tu vacío
como se vuelve a ti el corazón mío
y desemboca en una noche oscura.

Tú me hiciste posible criatura
de belleza; nací en el alto río
de tus ojos, y el hombre de tu estío
fuí para hacer cosecha la ternura.

Y ahora en dos dividido, y tan tocado
de fe, de amor, de ti, como las cosas;
con tanta soledad y recordado.

Mitad que sabe bien lo que antes tuvo,
aroma—¿dónde están aquellas rosas?—,
barro—¿dónde aquel pie que por ti anduvo?—.

JOSÉ GARCÍA NIETO

INSTANCIA

ETCETERÍSIMO Señor:
Yo, Gabriel Celaya, aspirante a poeta,
que pase lo que pase siempre estoy donde estoy,
visto su tal y cual del tantos y adelante,
le digo a usted que no.

Confieso que he clamado mi verdad hasta en verso,
mas también Don Quijote dijo: «Yo soy quien soy»,
y al ser era un nosotros, y al decir, se cumplía,
y al hacernos se hacía, como en él me hago yo.
Soy sin remedio español.

Soy humilde, soy digno, las dos cosas a la vez.
Soy como el pueblo, invencible.
Suplico en consecuencia, Señor, que no me acuse
si aún hace tanto ruido mi viejo corazón.
Esa explosión que le asusta, sólo es un grito de amor.

Dios le coja confesado. Yo ya di el sanseacabó.
Fecho y firmo en tierra vasca con la sangre de Unamuno,
con lo uno que es lo humano de un unánime clamor,
y suplico a Vuestra Eso: ¡Déjeme ser español!

GABRIEL CELAYA

[LEJOS]

LEJOS, como una montaña que se desvanece
entre las nieblas azules y la lluvia,
os recuerdo yo ahora, en esta mañana de sol glorio
humildes muertos hundidos en el fango de la trinchera.

Todavía más lejos. Más lejos que esa montaña de mi memoria
y que este sol sin esperanza que me hiere;
tan distantes como aquel día que os contemplé
sobre la desolada llanura
y pude tocar bruscamente vuestros cuerpos sin vida.

Y, sin embargo, estáis aquí
todavía en la distancia de muy pocos años
y si adelanto mi mano ciegamente
aún noto otra vez vuestro tacto de hombres verdaderos.

Pero no quiero, no quiero recordaros.
Pregunto por vosotros
perdidos inútilmente,
dados para nadie, sembrados como trigos
para una cosecha sin nacimiento en la tierra,
dolorosos amigos, inmutables compañeros de siempre,
con los que tantas veces compartí el calor de la sangre
tendidos sobre el barro terrible de la guerra.

Si tuviera un bramido,
un trueno clamante
y no esta pobre humana y dolorosa voz
que sólo sabe de palabras para dar un vago nombre a las cosas,
yo correría, con el cuerpo incendiado como una antorcha,
por todos los rincones terrestres donde yacéis derribados
y gritaría, golpearía las tumbas
para convocar muchedumbres de cadáveres
que asesinasen salvajemente
a aquellos que cortaron vuestras jóvenes vidas...

Pero no,
mi voz es tan pequeña
—aunque vivo, muerto estoy con vosotros—
que sólo puedo cantar y llorar y recordaros..

(Inédito.)



JOSÉ LUIS HIDALGO

INTRODUCCION A LA NOCHE

I

CON la honda mirada
un día contemplaste
tu honda pasión de ser
en vida perdurable.

Hoy contemplas acaso
con mirada más grave
el parpadeo puro
de la noche sin márgenes;

el sollozo inoíble
de un arroyo alejándose
en la sombra; la mole
de la noche indudable.

II

Y sin embargo, eres.
Y sin embargo, naces
como las hierbas verdes
y los nudosos árboles.

Compruebas con delicia
que existen matorrales,
y tus manos apresan
piedras de aristas grandes.

Saltas sobre los ríos,
subes desde los valles,
cantas desde las cumbres,
vives, existes, ardes.

Compruebas la llanura
crepuscular; renaces
como los campos vivos
que en la aurora son arces,
cañadas y caminos,
prados, riberas, cauces
de amor, donde quisieras
vivirte y olvidarte.

III

Y aquí estás. Aquí pones
tus dos manos tenaces.
Te agarras a las cosas:
maderas, piedras, carnes.

Te aferras a la vida
como el río a su cauce,
cual la raíz de un hondo
vegetal insaciable.

CARLOS BOUSOÑO

INTERIOR

TU piel me devolvía
algo remoto. (¿Es esto
un poema de amor?
¿Es un canto de duelo
o de esperanza? ¿Un himno
triunfal o una nostalgia
acariciada sobre
la realidad?)

No había
nadie, sino nosotros.
Una botella, un libro,
un cenicero. Ahora
la vida es de cristal,
de metal, de papel.
Ahora es la botella
más bella que una flor.
El cenicero tiene
el sonámbulo brillo
de las olas. El libro
es una roca... (¿Es esto
un poema de amor?)
En una habitación
en penumbra, entre el humo
que nos aleja... (¿Es esto
un poema de amor?)

...sin hablar... (nada está
dicho aún...) Sin hablar...

Toqué tu frente como
si me fuera a morir
un instante después.
Igual que si me anclases
a la verdad. (¿Es esto
un poema de amor?
Fuimos sus criaturas
melancólicas...)

Libro,
botella, cenicero.
(No flor, ni ola, ni rocas.)
He llamado a las cosas
por su nombre, aunque el nombre
rompa el hechizo. Quiero
todo aquello que ha sido
el instante, su carne
y su alma (no sólo
su alma), lo que el tiempo
roe (no lo que el tiempo
purifica).

Al contacto
de tu frente, los días
volaban desprendidos
de la copa. Pensé
que los días... ¿Amor
es eso que devuelve
el tiempo huído? ¿Eras
entonces el amor?
¿Me estoy cantando a mí,
recobrado y perdido?
Al amor, al que duerme
bajo tu piel, la pobre
criatura del cielo
destinada a morir
sin haber conocido
sus imposibles padres?

JOSÉ HIERRO

LA PUERTA

LA puerta entre las sombras ya. La mano
—adiós—decía cada tarde.

Y yo llevaba candorosamente
aquel adiós, aquella lumbre amable.

Yo me perdía en el jardín nocturno
de la ciudad.

Los musgos estelares
iban cubriendo de humedad mi pecho.

Era la noche entre los árboles.

(1945.)

JULIO MARURI

HOMBRE TENDIDO

SOBRE la piel de marzo se ha tendido
con todos sus pecados perdonables;
por sus hombros resbala
el indecible polen de la tarde.

Tumbado sobre marzo, acudiría
a la convocatoria de los aires
si no tuviera dentro un hombre oscuro
siempre desanimándole.

(Se oye la soledad. Descansa el tiempo.
Se ahonda la postura de los árboles.)

Echado sobre marzo, un hombre asiste
a su propio espectáculo variable.
Junto a la yerba nueva, busca, absorto,
las cuatro hojas de un trébol por su sangre.

Sobre la piel de marzo, un hombre quieto,
con los ojos abiertos y distantes,
se escucha por el pecho ese sonido
que suele hacer la pena al levantarse.

(Oye su soledad mientras contempla,
ahondada, la postura de los árboles.)

Porque de buena gana acudiría
a la convocatoria de los aires
si no oyera por dentro ese sonido
que ha hecho una esperanza derrumbándose.

Tendido sobre marzo, quieto, oscuro,
un hombre reclinado, inexplicable.

MANUEL ALCÁNTARA

(Bélgica)

MARIA

SER tan sencillo, ser tan pobre,
Que estaría uno cerca de Vos, María.
En una cocina azulada
Por la sombra en oración de un sauce;

Estar cerca de Vos, más escondido
Que lo fuera a los ojos del mundo,
Bajo el cepillo del carpintero,
Un copo de luz rubia;

Tener el corazón tan despojado,
Que se os pueda imaginar
Cortando el pan, escanciando el vino,

Y levantar suavemente las manos
Para alisar vuestro delantal,
Del que las migas caen sin fin.

(Traduce Sofía Noël.)

MAURICE CARÊME

(Norteamérica)

EL REGRESO

EL camino a la caldera estaba oscuro,
oscuro todo el camino,
sobre las cenizas resbaladizas,
por el largo invernáculo.

Las rosas aún respiraban en la oscuridad.
Tenían muchas bocas para respirar.
Mis rodillas formaban vientecitos, abajo,
donde la maleza dormía.

Siempre había una sola luz,
meciéndose cerca del fogón
donde el fogonero arrancaba las rosas,
las grandes rosas, las grandes brasas sangrientas.

En una ocasión, estuve allí toda la noche.
Por la mañana la luz llegaba lenta sobre la blanca nieve.
Había muchas clases de aire fresco.
Luego llegó el vapor.

Golpe de pipa.
Fuga del calor sobre las tiernas plantas.
Ordnung! Ordnung!
Viene papá.

Una fina bruma se despegaba de las hojas;
la escarcha se derretía en las lejanas vidrieras;
la rosa, el crisantemo, se volvían hacia la luz.
Hasta las formas quietas, las inclinadas malezas amarillentas,
se mecían hacia arriba.

(Traduce Hardie St. Martin.)

THEODORE ROETHKE

LAS FLORES

ENTREABIERTOS ojos me miran:
los ojos redondos y graves
de la flor, las flores del campo,
las flores oscuras de nadie.
Silenciosos labios bostezan,
pequeñas bocas se entreabren,
su rezo nunca he escuchado,
pero he olido su mensaje.
Imprevistos labios se alzan
quebrando el ritmo de la tarde,
no sé qué cosas solicitan,
pero algo están pidiendo al aire.
Luminosos vientres esconden
mundos calientes y vibrantes.
Está gestándose el asombro
por pistilos y por estambres,
y no se oye nada, y sé
que hay algo próximo y muy grande,
escondido entre coberturas
blancas y sin delatarse.
Silencio, silencio sólo
por alimento: todo y nadie,
un largo sueño se aproxima
y están a punto de encontrarse

no sé qué soledad con otra,
alguien espera fundirse en alguien,
mientras la espiga lleva el compás
y convoca a la brisa al baile
y la amapola tiñe el campo
de dulces coágulos de sangre.
Silencio, silencio sólo
junto al espliego indescifrable,
junto a las yerbas comedidas,
el jaramago y las totales
flores abiertas a los vientos,
flores oscuras y de nadie.
Huele amorosamente el tiempo
y Dios tiñe de azul el instante.



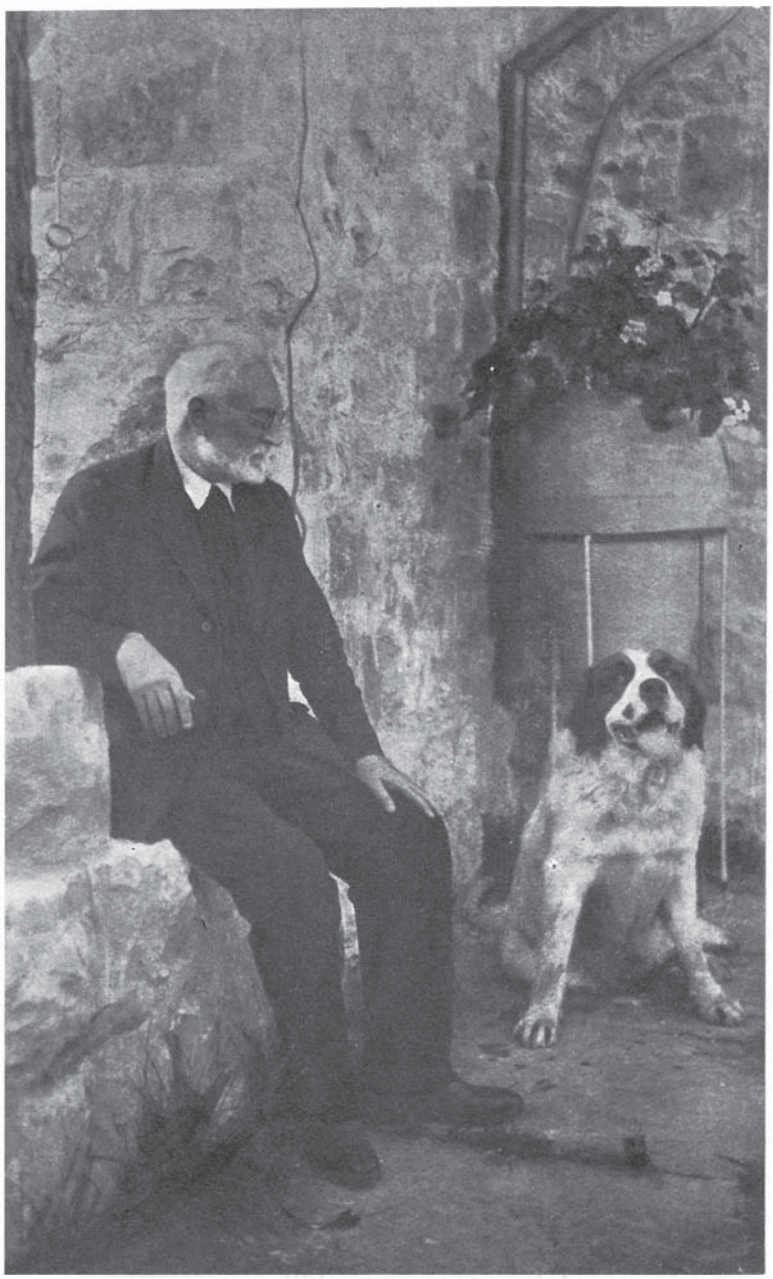
PILAR PAZ PASAMAR

Augenweide

Punto de los ojos, canto
del Sol sobre el verde nido
seguro de apago santo;
fresco rincón escondido
donde la cuita se acuesta
a dormir; ¡primer empeño
de mocedad: la gran fiesta
de desnudar al ensueño.

7 VII 30

Miguel de Unamuno



MIGUEL DE UNAMUNO

(En Tanos, Santander, 1930.)

LA ÚLTIMA PALABRA

NO aguardo nada; nada
puedo aguardar.
Yo mismo me pronuncio
—un ángel no—
yo mismo
en esta soledad.

Ya nunca un ángel,
nunca;
yo
para siempre jamás.

Y, cuidadosamente,
he dispuesto mis armas,
tales como un cuchillo,
una palabra, un
dolor: afilan
la voluntad.
Y cómo, sin embargo,

huiría dejando
campo y armas.

No hay paz,
no hay tregua.

Nunca un ángel;
yo mismo
pronunciaré la última palabra
en esta soledad.
Porque he sido erigido
hombre en memoria mía:
firme entre las oscuras
potencias de la noche
mi libertad está.



JOSÉ ÁNGEL VALENTE

HORA DE AMOR

¡QUÉ peso tengo ya en medio de la frente!
¡Qué luz me escuece en cada ojo!

Tengo silencios pardos podridos en las sienes
y palabras de hoguera gimiendo
verdades que me pesan cara a Dios.

Dios está cerca. Aquí en mi mano.
¡Dios está en la mano! ¡En mis diez dedos!

Sé que algunas veces le hablo
y ocurre que suele contestarme con frecuencia
de súbito. Como un rayo dormido en una nube
y que al pronto se hace luz y ya no es luz ni ruido
sino sombra y miedo, misterio y fuerza
de grandeza, sin límites de tragedia azulada.

Tengo despiertas a las sombras
mi angustia y mi palabra.
Y una luz que no es luz,
que son rayos azules sin fronteras de choque,
purifica mi sangre
como una amarilla divisa crecida de la tierra.

¡Abrid mi pecho, vosotros, los de la paz
en la palabra, los que tenéis el fuego dormido
reposando en la carne!

¡Abrid mis manos y veréis un rosario
de cruces sin *inris* traspasando
las telas, y algo como un escorpión celeste
mordiendo en mis entrañas como fuego
de infierno terrenal!

¡Abrid, abrid mi frente!... Y si aún os quedan
fuerzas para ver más adentro,
abridme el alma, ahora que la tengo tendida
en medio del barbecho
a ver si el sol y el goce de la tierra
la secan el dolor
y puedo andar de la mano de Dios eternamente.

(Del libro inédito ENTREGO MI SILENCIO.)



MARCELINO GARCÍA VELASCO

FÁBULA

HOY quisiera poner el corazón
en hora con mi infancia,
para contar los lirios, las hormigas
mártires que cayeron debajo del dolor.

Además, es verano
y he de hacer provisiones de recuerdos
por si viene la lluvia y el violín del otoño
se empeña en no volverme triste.
Por tanto, voy a edificar
un castillo de arena con mi vida:

«Érase que se era un niño solo,
en sombras, solo, en un pasillo.
La llave de la luz
era la llave aún de la alegría.
Y el niño solo no llegaba.
Alargaba los brazos y estaba casi a punto de encender,
cuando las manos se le deshacían,
se le venían abajo como flores de agua.
A oscuras rasgueaba la tristeza
y el miedo, a veces, iba a morderle por dentro.
(Porque era un niño solo,
en sombras, solo, en un pasillo.)

He aquí que un día el silencio
se le rompió en pedazos de palabras,
como un espejo.
Y el niño solo no sabía
dónde esconderse, adónde
llevar su corazón para beber.
Se encontró de repente
con su tristeza alta, como un monte.
Y le costó subir a los últimos picos,
pero lo hizo emocionado.

Y alargando los brazos desde allí,
nuevamente,
empezó a echar a todos
piedras grises, testigos de su infancia
y de cómo le había crecido con los años



CARLOS SAHAGÚN

ROSA DE MADERA

EL hombre está esperando todavía
que le aromen su rosa de madera,
está apurándose la primavera
porque puede morirse cualquier día.

Y como su cadáver quedaría
en la tierra esperando, está en espera,
y por si Dios es Dios y lo quisiera,
está creando el cielo que tendría.

Y está matando a Dios, está negando
el misterioso trance de los muertos,
a cuestas con su propia cobardía.

Está solo en la tierra, está buscando
más arena que echar a los desiertos,
más dolor y más culpa todavía.

ELADIO CABAÑERO

AL MUERTO DESCONOCIDO

NO hablemos tan exótico lenguaje.
Mejor decir: —Se le llevó una bala,
y tuvo un sueño de azadón y pala
soterrándole el último hospedaje.

Pero allí se quedó, frente a un paisaje
de altos fusiles a la funerala.
Se murió como un pájaro y el ala
le salpicó de lenguas el plumaje.

Acaso tuvo madre, acaso tuvo
tierra para labrar, acaso un perro
y una blanca camisa de verano.

Se murió como un pájaro y sostuvo
el corazón hasta tronchar el hierro.
Ahora es semilla hasta tronchar el grano.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ

HABLANDO

EL AUTOR

CON SUS ESCRITOS

OCIOS son de un afán, que yo escribía
En ruda edad con destemplada avena;
Arbitrio del Amor, que a tal condena
A aquel que la templanza aborrecía.

Canté el dolor, llorando la alegría,
Y tan dulce tal vez canté mi pena,
Que todos la juzgaban por ajena,
Pero bien sabe el alma que era mía.

Si de todos no fuereis celebradas
Voces de amor, mirad mi pensamiento,
Vereis que no mejor fortuna alcanza;

Ningún discreto os llame malogradas,
Que si os llevare solamente el viento,
Allá os encontraréis con mi esperanza.

GABRIEL DE BOCÁNGEL Y UNZUETA

[FELICIDAD]

EN los ecos del órgano o en el rumor del viento,
en el fulgor de un astro o en la gota de lluvia,
te adivinaba en todo y en todo te buscaba,
sin encontrarte nunca.

Quizá después te ha hallado, te ha hallado y ha perdido
otra vez, de la vida en la batalla ruda,
ya que sigue buscándote y te adivina en todo,
sin encontrarte nunca.

Pero sabe que existes y no eres vano sueño,
hermosura sin nombre, pero perfecta y única;
por eso vive triste, porque te busca siempre,
sin encontrarte nunca.

ROSALÍA DE CASTRO

ARTE POETICA

CLASICISMO es orden, sí; pero no orden esterior que clasifica, que "coloca" las cosas en su sitio, sino que las "mete en cintura".

LA intelijencia no sirve para guiar al instinto, sino para comprenderlo.

NÚMERO, acento, rima, nunca están en el verso, sino siempre en el poeta. Por eso no hay formas uniformes, y no es "imprescindible" inventar otras, que: sin poeta de voz y movimiento propios, siempre serán, por diferentes que sean, las mismas; y con poeta pleno, serán equivalentes, siempre, a las normales.

POETA cuyo pensamiento no abarque plenamente su sentimiento—siendo éste infinito—, no merece tal omnipotente nombre divino.

MUY importante es lo que la juventud piense de uno, porque la juventud es para nosotros el principio de la posteridad.

VIJILEMOS con nuestra intelijencia nuestro instinto; pero dejémosle suficiente libertad para que el niño haga un poco..., ¡bastante!, lo que quiera.

ALENTAR a los jóvenes; exijir, castigar a los maduros; tolerar a los viejos.

EL perdurable error en la aplicación de la palabra "clasicismo" procede, creo yo, de que se quiere definir con ella como "condición" lo que es sólo "resultado"; de tomar como "sustantiva" una virtud "adjetiva".

PARA que la poesía sea lo que nosotros queramos, el verso libre, blanco, desnudo; para que sea lo que ella quiera, el consonante, el asonante, la medida y el acento exactos.

COMPLETO: equilibrado entre perfecto e imperfecto.

LO bueno "sólo" tiene dos instantes: "su" instante y, un poco después, "su" eternidad.

LA "espresión" es sólo un ejercicio para el perfecto goce estético. Cuando el poeta haya llegado, con el estímulo constante del espresar, a su aptitud máxima de visión y contemplación, no debe "espresarse"—prepararse—más.

CLÁSICO es todo aquello que, habiendo sido—o, mejor, por haber sido—exacto en su tiempo, trasciende, perdura.

LO que ha sido instante pleno, ha sido absoluta, completa, redonda, acabada eternidad.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



EL CURSO DE LAS COSAS

(CUENTO)

HAN transcurrido ya casi tres años desde que murió la madre. Y un día—uno de esos tan maravillosos de mayo—el hijo aparece con su traje nuevo. Es gris, muy claro, ligero; gris perla la camisa, y los zapatos negros y blancos. Sólo su corbata es la misma de ayer.

El padre todavía llevará luto riguroso durante algún tiempo más. Se siente viejo, y se entristece—a pesar de que lo mira sonriendo—cuando ve a su hijo vestido así. Sin saber por qué.

Horas después, esa misma tarde, el padre levanta los ojos del libro en que lee y los vuelve hacia la ventana. Le sorprende un poco el despertar de todos esos olvidados recuerdos que desde hace rato le rumorean en la conciencia.

Como un aroma que entornase puertas de regreso en torno suyo.

Muchos rostros. Los ve uno tras otro. Rostros de gentes que murieron hace ya nadie sabe cuántos años; semejantes a monedas de las que el tiempo hubiera borrado los perfiles.

Y, en medio de todo, esa idea. Minúscula, constante, zumbadora; como un moscón de mal agüero. Inquietadora de todos sus otros pensamientos; que es ella, acaso, la que les hace removerse en el fondo de la memoria. Es estúpida, pero no puede desecharla; ni sabe cómo se produjo. Y ahí está, en su cabeza. Rumorosa y deslizante a veces, casi un espectro de meditación; apremiante y airada otras.

Hace un esfuerzo, y de nuevo baja la mirada en busca de las páginas del libro.

Está solo en casa; su hijo no volverá hasta la noche, y las criadas no

lo harán hasta poco antes de la hora de la cena. Es domingo, y el sol —resignado y frío, lunar casi—va a ocultarse tras de las casas más altas. Dentro de la habitación todo parece moverse muy despacio, como si cada cosa se estirara subrepticiamente para alcanzar ese último rayo de luz que resbala por el techo. Unas nucas de sombra se proyectan hacia el fondo del cuarto.

Antes, hasta hace unos años, la blanca y espumosa transparencia de aquellos visillos que la madre colgara del dintel de la ventana, cernía la luz estampando un encaje negro y oro sobre las baldosas. Ahora, los cristales están desnudos; todavía con la huella de ese llanto ingente con que el cielo les lamió el polvo ayer.

El padre, de pronto, se levanta. Le da miedo el silencio, y le irrita ese inquieto saltar de un palo a otro del pájaro en la jaula. El libro se le desliza a lo largo de las piernas y cae al suelo. Y allí se queda, imitando el gesto de un extraño ser caído de espalda, con los brazos en cruz.

Al cabo de unos minutos, el padre casi se sorprende de encontrarse abriendo la puerta del cuarto de su hijo. Pero ya está hecho. Va al armario, lo abre y mira dentro.

Y allí está. Al verlo es cuando comprende qué era lo que temía hallar. El traje negro de su hijo pende de una percha, metido en un saco de papel. Debajo de la etiqueta, la mano torpe de la doncella ha escrito: traje de luto. *Los zapatos negros, guardados en una caja de cartón, han sido retacados con trozos de periódico para que no se deformen. Y las camisas blancas, con sus cuellos ya un poco deshilachados, aguardan junto a las otras de color.*

Eso es, aguardan.

Todo parece aguardar, esperar algo. Ostentosamente seguras, cada una de aquellas cosas, de que en un día no muy lejano serán requeridas de nuevo.

Y el padre, tras de ajustar las hojas del armario, vuelve a remontar el pasillo con sus menudos pasos.

Esta noche, al saludo del hijo, sólo contestará:

—Estoy bien, muy bien, desde luego—casi rencorosamente.

Pero no podrá dormir, y el alba le encontrará con todos sus sentidos volcados sobre el corazón. Ese corazón que, de pronto, parece ir a fallar.

CARLOS CLARIMÓN

Crítica de libros

AMAZONA, *Gerardo Diego.* Colección "Ágora". Madrid, 1955. Premio Larragoiti, 1955.

El premio "Larragoiti", últimamente otorgado, correspondió a este libro de Gerardo Diego, que forma el volumen VI de la flamante Colección "Ágora". Es un libro digno de premio y—lo más importante—digno de Gerardo Diego, no obstante la dificultad que entraña la propia superación en un poeta de tan sólidas e inaccesibles consecuciones. *Amazona* es un libro de poemas de amor en meditada transición y reposo, en el que morosamente se citan, se reúnen todos los s a b i o s recursos inveteradamente gustados en sus inolvidables libros precedentes *Alondra de Verdad, Versos Humanos, Manual de Espumas...* Poesía sólida, de límpida arquitectura, funambulesca, rizando el rizo, homologando rimas caprichosamente sobre un mismo verso para dárnoslo más rico en sugerencias y efectos, consonantando las voces hermético y seguro sobre los más híspidos y mínimos apoyos, sin que ningún vértigo, ante el abismo del ripio, le haga vacilar y errar en lo más puro de su concepto y de su inspiración. Ese es Gerardo (utilizo sólo el patronímico porque Gerardo es ya un símbolo para nuestra generación poética), siempre renovado, siempre sabio, ni retórico ni escuálido, sino puro, poderoso y como microscópicamente burilado en sus versos. Porque Gerardo es un enamorado del lenguaje, un especulador de todos sus efectos, de todas sus soluciones tácitas, sugeridas, potenciales. Inventa y perfecciona sobre los sonidos, encrespa las formas verbales, los adjetivos de vulgar significación típica, reconceptuándolos, haciéndolos funcionar con distintas corrientes para contemplar la enorme elasticidad de su castellano. Juega con el idioma como niño con muñecos, crecida su lúdica y honda curiosidad hasta el desgarramiento de los, en su pluma, dúctiles vocablos para la sabia contemplación de sus tripas filológicas.

No cabe mayor taumaturgia—y aquí puede más su sabiduría que su pura intuición poética—en la creación del maravilloso poema "El doble elegido", en el que arranca asombrándose de su condición de poeta descubridor de un mundo *recién creado* para que alguien lo ame y lo interprete y lo transvase a su conciencia. Y resulta que *ese alguien* es el propio poeta creador.

> ¡Qué raro es ser poeta!
> Encontrarse de pronto una mañana
> con el mundo feliz, recién creado,
> piando, balbuciendo,
> para que alguien le bese y le descifre.
> Y ese alguien, el llamado
> —¿es posible?—soy yo.

Y luego, paralelando el concepto sobre la misma arquitectura, deriva por la senda del amor y se extraña de vivirse amante en la hora capital del arrobo, en la que estalla la dicha en un grito de felicidad casi trágica. La poesía existe en el amor puro y el amor se radica en la pura poesía. El poeta detecta esta inversión de símbolos y se sospecha *el doble elegido,* porque en la Poesía y en el Amor, él es siempre el ente ambicioso y glotón en

que pasivamente todo revierte, el que doble y constantemente protagoniza sus dos mundos inefables.

No es preciso elegir en este arsenal de asombrosos hallazgos. El poema "Porque la luna es una", por ejemplo, sirve como paradigma de lo que pueden ser ocho estrofas concebidas con un rigor, una pureza, un dibujo tan definitivo, tan acrisoladamente ceñido, que no sobra una sola letra ni se desmaya, en un solo momento, una de sus bellas ideas poéticas. Son ocho reglas líricas de un corazón en estado de gracia pidiendo para su dicha el testimonio de la luna; pidiendo que ella sea el escenario de su amor, el motivo de su deseo para poder hallarse con su amada en su rotunda unidad astral. Es el octavario de un enamorado que alude a la sombría espalda de ese mito redondo y luciente, en cuya sombra quisiera rondar. Y este deseo le proporciona, derivándolo a la corporeidad de la amada, la más expresiva y lírica de las imágenes del poema:

> porque quiero envolverte
> y ver cómo es de oscura
> la espalda de tu muerte.

Sigue incidiendo en la unidad de la luna hasta proclamar que la luna del agua es la engañosa y la del cielo, la cierta, y abrocha el octavario reverdeciendo el eco de una antigua canción de cuna, pura recreación y superación del recuerdo, diciendo que su amor no tuvo cuna en su nacimiento y que la busca y la pide para cargar en ella su leve sueño. *Durmámosle en la luna,* resume al final. La delicadeza de este poema es incontrastable.

En la imposibilidad de extenderme, anoto, por último, una impresión sobre "Canción", donde se prodiga con tan estudiada maestría en una especie de tercetos encasílabos, en principio monorrítmicos en los versos externos, que, pese a la dificultad meditada con que se escriben, conservan fresco e intangible su contenido poético, siempre impune, siempre exento y con lírica bula para todas las travesuras y los voluntarios peligros a que gusta de someterse el poeta de *Angeles de Compostela.*

Renuncio a seguir glosando este libro de Gerardo nacido de sus manos nobles y alongadas, nerviosas y elocuentes, como fugitivas del teclado, donde también se prefieren y se alan. Su voz poética es una talla exacta y reciamente nerviada, desenvuelta en la copla, eurítmica en el soneto, clásica, arquitectural o violenta y novísima. Gerardo Diego, poeta humano en su trato, sin golas profesorales, amigo y compartidor de noticias, *puesto al día, a la page,* en todas las inquietudes del momento, es uno más, desde su magisterio, entre los jóvenes con los que prodiga su amistad y su palabra. Creo sinceramente que la juventud le debe un firme homenaje a su talento y, sobre todo, a su lealtad para con ella. — José Gerardo Manrique de Lara.

LA RED, *José García Nieto.* Colección "Ágora". Madrid, 1955.

José García Nieto ha llegado a un evidente grado de madurez poética, en el que, después de alcanzar para su verso magistral perfección y belleza expresiva, ganó para su poesía gravedad y calor humano. De no querer permanecer en una perezosa clasificación superficial, pudo comprobarse esto en *Tregua,* publicado en 1951. Significaba *Tre-*

gua una evolución del poeta hacia la reflexión, la verdad profunda del hombre y de las cosas. Serenidad, perfección, exquisitez, son virtudes que acompañaron siempre al autor y que no declinan en el tono más emotivo de su obra, añadiendo a ellas una suave tristeza.

Acaso esta tristeza se ha hecho algo más amarga en el nuevo libro, *La red,* y se ha intensificado también el sentimiento religioso, de claridad católica, que informa toda la primera parte y aun la segunda: "Sonetos por mi hija". La vida atando y desatando cabos, dejando al hombre a la vez libre y cautivo. La partida de fuerte postura que se juega entre Dios y el hombre, en la que éste no puede ganar sino prestándole Aquél amor para ganarle. Y el misterio diario de la vida, de la estirpe humana sucediéndose, en manos del Hacedor Supremo, que preside los hermosos, ya citados, "Sonetos por mi hija", entre los que están algunas de las más logradas piezas del autor, como los titulados "El Hacedor" y "Todavía en silencio". Otros temas muy característicos suyos motivan diversos sonetos, tal el del Guadarrama, a cuyo paisaje vuelve el poeta contrastando frente a él su propia mudanza.

En las dos últimas partes del libro—libro vario, aunque trabado por un acento peculiar—se incluyen poemas de mayor extensión y forma más libre: casi coloquial en algunos momentos. La expresión de este tipo de composiciones está menos ceñida y en ella no se logran esos toques de feliz hallazgo intuitivo con que García Nieto rubrica frecuentemente otros poemas. Sin embargo, la verdad es que en estas "Oda y Elegía" y "Tres cartas" están, a mi entender, los dos poemas más importantes del volumen: la "Carta a José Luis Prado" y la "Carta a Gabriel Celaya". En ellas —distintas entre sí—García Nieto se plantea problemas esenciales sobre la poesía y la vida, la eficacia y la misión de la obra individual, el destino del poeta, su humildad y su soberbia. La segunda representa una postura humana, e, implicada en ella, una postura social, que parte del individualismo, desde la soledad absoluta del poeta, y lo sitúa como minoría entre una masa que jamás llega a él. Esto puede tener tanto de modestia como de orgullo. Pero no voy a tomar partido, que tampoco sería esta nota el lugar adecuado. En cualquier caso, el haber elegido como destinatario a Celaya, que es el defensor máximo en España hoy de una poesía colectiva y al servicio de un destino común, presta al poema de García Nieto mayor sentido e intención como de posiciones antagónicas.

Los "Sonetos por mi hija" y la "Carta a Gabriel Celaya" son, para mí, poética y humanamente, los centros de gravedad de este nuevo libro de un poeta en plena madurez.—Leopoldo de Luis.

TIERRAS DE ESPAÑA, *Ramón de Garcíasol.* Colección "Adonais". Madrid, 1955.

Pocos libros, en el tema de paisaje de España, tan entrañados, tan auténticos como éste de Ramón de Garcíasol, que nos ofrece en una tercera faceta de su poesía—después de la inquietud existencial, motivada en la problemática del hombre, que sustancia sus dos primeros li-

bros, y de la grave sencillez lírica de *Canciones,* esta emocionada visión de las tierras españolas. Poesía una en su trinidad; poesía que, dando en esta variedad prueba de su riqueza y de su matización, confirma su auténtico manantío, su estirpe de la mejor ley, y sigue una línea de inequívoca personalidad.

Porque la profunda gravedad humana que sustancia los versos y el serio aplomo con que éstos dicen lo que quieren decir, sin perderse en vacuidades de brillante artificio, equilibrando la intuición y el sentimiento, están en estas páginas como refrendadas credenciales de este poeta ya bien conocido.

Las "Tierras de España" que aquí se cantan son tierras de la Meseta y tierras de la llanura de la Mancha. Tierras de Castilla, en fin. Pero acaso mejor que decir *se cantan,* sería decir *se viven,* porque el poeta las atraviesa como echando raíces en ellas. El poeta ahonda en el alma del paisaje como en su alma misma, y profundiza hasta el dolor, hasta la verdad, hasta más que el simple conocer, porque ya él mismo dice: "es más que conocer el conocerte", es "oír entre los huesos ese viento", que es el viento "de la vida y de la muerte". Y aún afirma, versos más adelante, la imposibilidad de desunión, de abandono de este pedazo de suelo patrio, porque

> ...no puedo
> renunciar si primero no renuncio
> a mí y a mis raíces y a mi entraña.

Es la total dimensión de la geografía, que lleva dentro historia y con la historia vida y muerte, la que sube a la emoción de estos poemas. Vegetal, humana, cósmica verdad que cabe hasta en el pan que se come despacio:

> Me sabe el pan de harina molinera
> a siempre, a nunca, a siempre. En él [suspiran
> brotes de ayer, donde el mañana espera.

Los elementos expresivos están manejados con una eficacia de madura maestría. Véase, como un solo ejemplo de los que se multiplican en el libro, estos versos donde la enumeración asindética, seguida de un polisíndeton que repite casi exactamente los elementos paisajísticos:

> ..., tierra, barro,
> adobe, barro, nube, polvo, tierra,
> y tierra y piedra y polvo y nube y sierra.

evoca plásticamente el camino a través del campo castellano. Hay piezas del volumen—tales "Castilla", "Avila", "Toledo", "El chopo del Clamores", "Los muertos", "El Toboso", "Las aspas del molino"...—que yo considero como de los mejores poemas dedicados a estas tierras patrias. Porque desde don Antonio Machado no se ha escrito sobre el tema de Castilla con la tensión y la autenticidad con que ahora lo hace Ramón de Garcíasol en este libro tan penetrado de esencias españolas, que a él mismo le van los versos de su soneto "Argamasilla": una fiesta popular en la plaza, Cervantes al fondo, "y mientras baila el pueblo, se hace... el libro más de España".—Leopoldo de Luis.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

VERSOS EN LA CALLE, *Manuel Molina*. Col. "Silbo". Alicante, 1955.

EL CEMENTERIO DE LOS PAJAROS, *Diego Sánchez del Real*. Col. "Advinge". Jaén, 1955.

LA CASA, *Fernando Allué y Morer*. Toledo, 1955.

BAJO LAS ARAUCARIAS, *Roger Noël-Mayer*. Col. "La Isla de los Ratones". Santander, 1955.

EN LA CIUDAD DE DAVID (RETABLO DE NAVIDAD), *José Antonio Medrano*. Madrid, 1955.

COSER Y CANTAR, *Amparo Gastón y Gabriel Celaya*. Col. "Doña Endrina", 8. Guadalajara, 1955.

ESTATUAS YACENTES, *José Hierro*. Santander, 1955.

ECO DE UN ARCOIRIS, *Alejandro Gallinal Castellanos*. Madrid, 1955.

CARTA DESARRAIGADA A BLAS DE OTERO, *José Carlos Gallardo*. Granada, 1956.

A FLOR E A NOITE, *Antonio Forte Salvado*. Col. "Fénix". Castelo Branco (Portugal), 1955.

MIEDO Y HOMBRE, *José Antonio Novais*. Col. "Doña Endrina", 12. Guadalajara, 1955.

TRES POEMAS ANCESTRALES, *Vicente Núñez*. Málaga, 1956.

COMO UN SUEÑO, *Pedro Pérez-Clotet*. Col. "Insula", XXVIII. Madrid, 1956.

TRATADO DE COSAS ALEGRES, *José Fernández Arroyo*. Col. "Trilce". Madrid, 1955.

EL DRAMA DE LAS FUERZAS ETERNAS (segunda parte), *Miguel Oxiacán*. Salto (Uruguay), 1955.

DESDE EL SOL Y LA ANCHURA, *Eladio Cabañero*. Tomelloso, 1956.

Y OS HABLO DE UN MENSAJE, *Hugo Emilio Pedemonte*. Col. "Doña Endrina". Guadalajara, 1955.

TIERRA SECA, *Juan Torres Grueso*. Madrid, 1955.

REVISTAS:

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, núm. 114, Caracas (Venezuela); COURRIER DU CENTRE INTERNATIONAL D ÉTUDES POÉTIQUES, 5, Bruselas (Bélgica); POESÍA ESPAÑOLA, 47, Madrid; CADUCEO, 38, Madrid; ALNE, 11, Madrid; CARACOLA, 48, Málaga; CLIMA, 2, Diamante-Entre Ríos (Argentina); CUENCO, 1, Asunción (Paraguay); CALETA, Antología de poesía gaditana; MALVARROSA, 16, Valencia; LYCEUM, 164, Cáceres; PAPEL DE POESÍA, 22 a 27, Salto (Uruguay); RUMBOS, 95 y 96, Barcelona; REVISTA NACIONAL DE CULTURA, 101, 109, 110 y 111, Caracas (Venezuela); VÉRTICE, 146, Coimbra (Portugal); EL COBAYA, 19, Ávila; REVISTA SHELL, junio 1956, Caracas (Venezuela); SUL, 27, Brasil; MADRIGAL, 45, Puerto Real; CUADERNOS JULIO HERRERA REISSIG, 40, 41, 42 y 43, Montevideo (Uruguay); EUTERPE, 26, San Martín (Argentina); CRONACHE CULTURALI FASCICOLO, 5, Madrid, 1955; VÉRTICE, vol. XVI, julio-agosto 1956, Coimbra (Portugal); VERBO, 30, Alicante, 1956; NUESTRO TIEMPO, 22 y 23, Madrid, 1956.

Gráficas ORBE, S. L.—Padilla, 82.—Teléf. 26 12 34.—MADRID.


ÁGORA